

Mali



Eduardo
Kovalivker

**EDUARDO
KOVALIVKER**

MALI

 **Planeta**

1

Las hermanas Lara y Mara

Aquella noche de principio de verano en Buenos Aires estaba cenando con Rafael salchichas con chucrut en una antigua cervecería de los bosques de Palermo.

Siempre nos juntábamos en ese lugar rodeado de árboles centenarios a chusmear sobre la vida de los otros y a charlar acerca de nuestras conquistas femeninas.

Éramos tipos de experiencia y cultos. En cuarenta años de amistad, habíamos acumulado infinidad de aventuras amorosas. Y ese día estaba ansioso por contarle mis últimas novedades, pues venía de una batalla sexual. No había otra manera de definir el comportamiento de aquellas dos hermanitas, Lara y Mara, de veintitrés y veinticuatro años respectivamente. Se pensaban a sí mismas como grandes cogedoras, exterminadoras de hombres.

Divertidas a matar, siempre cómicas, apenas tomaron confianza me contaron la historia de sus comienzos en los combates del amor, como los llamaban ellas.

La historia era así:

Cuando tenían quince y dieciséis años eran acosadas por un primito que les decía que podía masturbarse y acabar tres veces seguidas sin parar, y que era capaz de cogérselas a las dos juntas hasta cansarlas. El chico era un adolescente de su misma edad y lindo como ellas. Estaban cansadas de su acoso; pero como Diego les gustaba a ambas, planearon acostarse con él hasta dejarlo exhausto y humillado.

Lo llevarían hasta el agotamiento total y luego lo ridiculizarían por su falta de virilidad y, ya vencido, le dirían que no las molestara más, pues los hombres débiles no les interesaban.

Planearon ir a la casa de Diego un fin de semana en que los padres de este irían al mar, era único hijo y la hermosa casona rodeada de jardines donde vivía con su familia quedaría sola para ellos. Era la ocasión ideal para el encuentro.

Las hermanas llegaron al mediodía del sábado y el primo las recibió, fueron a la cocina y comieron algo mientras deliraban sobre lo que irían a hacer. Un rato más tarde subieron a la habitación de los padres, se desvistieron y se metieron en la gran cama matrimonial.

Como era de esperar en el sexo entre adolescentes, no hubo besos ni juegos eróticos. Lara fue la primera que se subió a horcajadas y se introdujo el pene de su excitadísimo primo; a los cuatro minutos el joven alcanzó su primer orgasmo.

Cabe agregar que las chicas no eran vírgenes, pues ya habían tenido relaciones sexuales y en los juegos eróticos entre ellas se habían introducido los más variados tipos de elementos en sus vaginas.

El chico continuaba excitadísimo; sin perder tiempo lo mandaron a lavarse el pene antes de ponerle el segundo profiláctico y con besos y caricias lograron que tuviera otra erección inmediata. Mara repitió la posición de su hermana y comenzó a moverse. Esta vez él tardó un poco más en llegar al orgasmo, lo que le permitió también a ella alcanzar el suyo.

El chico se pavoneaba de su virilidad. Vuelta al baño, vuelta a la limpieza y las hermanitas comenzaron el tercer ataque. Ahora era Lara la que quería tener su orgasmo.

Lograron que tuviera la tercera erección luego de más de media hora de besos, caricias y juegos sobre sus zonas erógenas.

Él empezaba a mostrar signos de fatiga, pero ahora lo hicieron ponerse encima de Lara. Dieguito se movía pero no acababa, ella aprovechó, acabó tres veces seguidas en quince minutos y se lo pasó a su hermana, se puso de rodillas y le introdujo al primo el dedo índice en el ano. Así lograron, trabajando en conjunto, que él consiguiera su tercer orgasmo.

Diego no se reía, dolorido se fue al baño. Al volver, pidió un rato de descanso, pero las chicas no se lo permitieron. Le trajeron agua, le hicieron masajes para relajarlo y lo atacaron nuevamente. Estuvieron

casi dos horas tratando de que tuviera otra erección, pero el chico estaba semidesvanecido.

Cansadas de tanto ejercicio pero divertidas, se vistieron, dejaron un cartel donde le escribieron: «Cobarde e impotente. No nos molestes más». Y se fueron. Nunca más acosó a las hermanitas, trataba de esquivarlas y se guardó bien de relatar su fracasada hazaña, sentía vergüenza.

Pero a las chicas les gustó esta historia de denostar a los machos en su cancha y de destruirles el estúpido orgullo que sienten cuando se acuestan con una mujer.

Los que caían en sus redes no podían decir «qué grande soy, me cogí a las dos juntas». Ellas los humillaban al sacarles la fuerza. Los hacían sentir que habían caído en una trampa, se encargaban de avergonzarlos de no ser ellos los que comandaban el acto sexual.

Las dos se habían recibido de psicólogas y prometían ser brillantes profesionales. Pero su pasión seguía siendo humillar y derrotar a los hombres en combates sexuales.

Ya hacía cuatro años que practicaban artes marciales, medían alrededor de un metro setenta y cinco, eran fibrosas y fuertes. Podían defenderse de cualquier ataque. Se habían decidido a ser expertas en defensa personal debido a una agresión de un rugbier que aceptó el juego, pero apenas tuvo su primer orgasmo (tenía eyaculación precoz) quiso mandarse a mudar. Cuando las chicas trataron de impedirlo,

sin mediar palabra, le aplicó un puñetazo a Lara dejándola inconsciente y con una pequeña fisura en la cavidad ocular. Estuvo a punto de perder la vista y tardó tres meses en recuperar su salud.

La fama de ellas se había extendido y los hombres comenzaron a temerles.

Y le seguí contando a Rafa: las conocí en la presentación de un libro erótico. Yo estaba en la librería, sentado esperando que la gente llegase. Cuando entraron me llamaron la atención: eran hermosas, tenían el pelo ondeado, una era castaña y la otra morocha. Cuando se sentaron, me levanté y atacué de inmediato; las saludé, y me puse a conversar con ellas; dijeron que les encantaba el autor y les contesté que era amigo mío y se los presentaría al terminar el acto.

El editor hizo la presentación formal del libro y a continuación dijo:

—Ahora le pido a Avi que venga al frente y nos cuente algo de esta, su última novela.

Ante el asombro de las dos divinas, me levanté y fui a sentarme junto al editor. Me había guardado muy bien de decirles quién era yo.

Cuando terminé de hablar, contesté algunas preguntas simpáticas y curiosas; siempre había alguien que me preguntaba si mis experiencias personales estaban volcadas en las novelas. Y yo siempre contestaba de la misma manera: «Por supuesto, soy el

personaje masculino y a veces el femenino en todas ellas». Y el público reía.

Y remarcaba: «Sí, en mis novelas yo soy el que mata y asesina gente, el que tiene infinidad de aventuras amorosas y cultiva el erotismo con pasión. Pueden creerlo o no, a mí me da lo mismo».

Risas, aplausos y gestos de sorpresa y disgusto de algunas personas serias que suelen infiltrarse en las presentaciones para chupar y morfar gratis.

Generalmente no son pobres, pues estos no van a presentaciones de libros; ¿serán miserables, nomás? «Y gracias por comprar la novela, porque si no lo hacen, no podré comer el mes que viene. Y gracias, muchas gracias por aguantarme».

La gente se iba retirando de la librería mientras yo firmaba libros y ponía dedicatorias. Preguntaba el nombre, casi sin mirar a quien me los entregaba.

—¿Para quién la dedicatoria?

—Para nosotras, basura. ¿Por qué no dijiste que eras el autor?

—Para divertirme. ¿Cómo se llaman?

—Poné: «Para las hermanitas Lara y Mara. Con Amor.»

—Yo no las amo.

—Ya nos vas a amar —contestó Lara.

—Deciles a tus amigos que venís a comer con nosotras. Solo. No queremos a nadie más —agregó Mara.

—Pero... les dije a dos amigas que iría a comer con ellas —protesté sin mucha vehemencia.

Lara se agachó, acercó su carita de ángel maldito y casi tocándome la nariz dijo:

—Ech alas.

De sus ojos emanaba una sensualidad que mareaba. Me olvidé de Carla y Zoe. Mis amigas ya me conocían. Cuando vieron el acoso que estaba soportando de las hermanitas y el placer que esto me causaba se fueron sin saludarme. Mi fama de pervertido era importante.

Observé que todavía quedaba gente charlando y bebiendo, ya nadie quería más dedicatorias; me levanté y fui a saludar a algunos con los que todavía no había hablado.

Ellas iban al lado mío de grupo en grupo, una de cada lado y a todos sonreían y saludaban como si fueran grandes amigas mías. No se despegaban, parecían guardaespaldas, subyugaban con su simpatía, se presentaban solas y riendo decían que eran «mis amigas nuevas».

Algunos de mis compinches me hacían gestos como preguntando de dónde las había sacado, yo cada vez más fascinado con Lara y Mara, ni les contestaba; además no se me ocurría qué decirles. Era todo muy loco, ellas estaban tomando el control y yo estaba tarado de contento de tenerlas conmigo.

Finalmente salimos de la librería y les propuse ir a comer a Páru, uno de mis restaurantes preferidos.

—Vamos primero a tu casa, es temprano, no tengo hambre todavía —dijo Mara.

—Sí, queremos saber dónde vivís y además deseamos darte una sorpresa antes de ir a comer —agregó Lara.

—Ok, tengo champagne en la heladera. ¿Qué sorpresa?

—Las sorpresas no se dicen. —No sé cuál de las dos contestó.

Media hora más tarde entrábamos en el departamento.

—¡Qué lindo living!

—¡Qué vista genial!

—Siéntense, traeré el Pommery.

Pasé por el baño, luego fui a la cocina y saqué la botella de la heladera. La puse en una bandeja junto a tres copas y regresé a la sala.

Se habían sacado los vestidos y los zapatos. Espectaculares en ropa interior.

—¿Esto era la sorpresa?

—¿Cómo te diste cuenta?

¡Qué cuerpos! La ropa interior que llevaban era la más sexy que había visto en mi vida. Las quería besar, agarrarlas, qué sé yo. Mi erección fue casi instantánea. No sé cómo saqué fuerzas para hacerme el idiota. Me concentré en descorchar la botella, llené las copas, se las di y entonces, con ojos de asesino, las miré bien.

—Guachas, son divinas, me van a volver loco.

Y brindamos.

—Vamos al dormitorio —dijo Lara.

—No sé, no tengo muchas ganas de coger. Fue un día desgastante, la presentación me agotó, mucho nervio. —Pretendí seguir haciéndome el idiota y no mostrar interés.

—¡Qué raro! Nunca vi un tipo que no quiere sexo y a la vez tiene una erección que le rompe el pantalón —dijo Mara mientras me abría el cierre y comenzaba a acariciarme.

Al mismo tiempo Lara me desabrochaba la camisa, me besaba el cuello e intentaba introducir su lengua en mi boca.

La coordinación que tenían revelaba que eran expertas en ese tipo de ataques.

En menos de dos minutos estábamos los tres en la cama desnudos.

—¡Ojo, locas! Me van a hacer eyacular, no voy a tener tiempo de ponerla.

Lara se subió a horcajadas y se introdujo mi miembro mientras Mara le lamía suavemente los senos. Era muy calentona, enseguida tuvo un orgasmo que la dejó temblando y se tiró a un costado. Mara se puso con la cola para arriba y me dijo:

—Ahora quiero yo.

Me subí encima de ella y la penetré mientras su hermana, ya repuesta, acariciaba mis nalgas y testículos. Eyaculé rápidamente; Mara no había acabado, pero no me pude contener.

—Perdón, Mara —le dije.

—No te preocupes, soy más lenta que mi hermana. Después acabaré.

—Será otra vez, yo dos veces seguidas no puedo y tengo hambre.

—Sí, sos un poco grande —me contestó irónicamente.

—Es cierto. La próxima vez será diferente. Con la ayuda de Lara, te voy a hacer acabar tantas veces que se te van a ir las ganas.

—Ja ja ja. Lo dudo. No me conocés. Esta vez te dejo pasar, pero estás en deuda conmigo.

Y terminé mi relato.

—Bueno, espero, amigo chancho —(así solía llamarme él)—, que me va a contar cómo sigue esta historia, pero su obsesión sexual lo matará o por lo menos lo volverá loco.

Siempre que hablábamos en joda nos tratábamos de usted.

—No se preocupe, don Chancho —(así solía llamarlo yo)—, ya medio loco estoy y por el tema de morirse mejor preocúpese usted de no arruinarse la salud corriendo tras sus clientes para cobrarles los préstamos usurarios que les hace —le dije riendo.

Fue una premonición, no volvimos a encontrarnos en el bosque pues unos meses después mi más querido amigo moría de un cáncer hecho de puro nervio y mala sangre.

Y así fue como comenzó para mí la loca historia de amor y sexo con las hermanitas. Me enamoré perdidamente de las dos, no tenía preferencia. En gene-

ral, las psicólogas quieren parecer mujeres de mucha experiencia y de temer. Pero Lara y Mara eran dulces a matar.

En los primeros días de junio, a principios del verano europeo nos fuimos a Italia y Francia, recorrimos las costas de ambos países desde Sicilia hasta Saint Tropez y visitamos también Roma, Florencia, Venecia, Milano y París, maravillas del mundo.

Todo fue diversión, cultura y sexo, nunca hubo una discusión o un enojo.

Yo era un rey, ellas conducían los autos, organizaban las salidas y no pasaba un día sin que hiciéramos el amor. Navegábamos, buceábamos, recorríamos museos, íbamos a teatros, leíamos novelas y me ayudaban a escribir, ya sea aportando ideas creativas o copiando lo que les dictaba. No podía pedir más a la vida.

Cuando volvimos a la Argentina, luego de tres meses de viaje, nuestras actividades nos alejaron un poco; comenzamos a vernos dos o tres veces por semana, a lo sumo.